

ENFERMEDAD Y CONVALESCENCIA DEL DR. FÉLIX FIGUEREDO

Durante un tiempo estuvo el doctor Félix Figueredo muy enfermo, padeciendo de fiebres intermitentes «que no podía curar por carecer de toda clase de remedios, pues aunque apeló a la “aguedita”,⁹⁵ allí abundante y cuya virtud febrífuga es muy conocida, no le produjo resultado alguno; faltaban también alimentos y en particular carne, porque en los hatos vecinos al Cauto costaba mucho matar una res vacuna. Era semiseguro que al contraer cualquier insurrecto una enfermedad aguda, sobrevenía la muerte por la total carencia de medicamentos y de sustancias animales para la alimentación del enfermo.»⁹⁶

El Dr. Figueredo estaba solo recluso en una cueva en la manigua, pasando como podía su enfermedad, sin asistencia médica alguna, careciendo de lo indispensable y produciéndole a aquel cuerpo de roble un estado de extenuación extraordinario.

Su hermano Ángel acudió a socorrerlo, quien pretendió trasladarlo a un lugar más seguro, pero el enfermo no tenía fuerzas ni para montar a caballo.

«A los muchos pesares que abrumaban a Figueredo —agrega Pirata— la pérdida de sus hermanos Emiliano y Leonardo hechos prisioneros—

⁹⁵ Roig y Mesa, Juan Tomás. En su «Diccionario Botánico de Nombres Vulgares Cubanos.» (Tercera edición ampliada y corregida.) Instituto Nacional de la Reforma Agraria. La Habana, 1962, dice lo siguiente: «Aguedita: Es la *Picramnia pentandra*, SW., de la familia de las Simarubáceas, arbusto silvestre de toda la Isla, prefiriendo las colinas y terrenos altos. Hojas con folíolos alternos, elípticos, aguzados en el ápice; las flores de cinco pétalos y cinco estambres aparecen en abril: los frutos de un largo racimo colgante, son primero de color rojo y luego se vuelven negros: caen en septiembre a octubre y ningún animal los come. Por pequeña talla esta planta no da madera utilizable, pero en cambio es muy apreciada como medicinal, pues sus hojas y cortezas son muy amargas y tienen propiedades febrífugas muy notables, por lo que le llaman también a esta planta Quiana del país o de la Tierra; fue muy empleada por los médicos que tomaron parte muy activa en nuestras guerras de independencia.» Pág. 63.

⁹⁶ Pirata, Antonio. Obra citada. Tomo II. pp. 9-10.

ñeros en familia junto al río Contramaestre, en la Vuelta Grande, donde fueron fusilados, en el que intervino un cura.»

«La guerra —como afirma Figueredo— era de agarra, o lo que es lo mismo, se hacía asediando y asaltando, tanto de noche como de día, que así la pusieron los cubanos-españoles y los cubanos-insurrectos.»⁹⁷

«Otro de sus hermanos, Miguel Antonio, acompañado del Capitán Reyes, marchó al Júcaro en busca de un sitio conveniente; llegaron sin novedad a las inmediaciones de aquel caserío donde Ángel ocultaba a su madre y una hermana,⁹⁸ y en la noche del siguiente día, el dueño del potrero “El Salvador” y un negro esclavo, condujeron una guerrilla de movilizados cubanos hasta el rancho donde dormían Ángel, Miguel Antonio y Reyes, los prendieron, menos al último que logró escapar y los llevaron a Jiguaní y después a Bayamo a ser fusilados como cabecillas.»⁹⁹

Félix Figueredo quedó en la cueva esperando el retorno de sus hermanos y desesperado con la ansiedad e impaciencia que le producía la espera, la elevación de la fiebre y el decaimiento general de su organismo lo mantenía postrado, aunque siempre con su espíritu estoico, miraba que pasaba el tiempo y sus hermanos no regresaban a buscarlo. Ignoraba la tragedia ocurrida. Desconocía el triste fin que habían tenido sus dos últimos hermanos por salvarle de una muerte lenta en aquella cueva sin asomarse por temor a ser sorprendido por alguna de las guerrillas que frecuentemente pasaban por esos contornos.

Sin alimentos, sin medicinas, sin nadie que le ayudara en aquel estado, fue sacando fuerzas de donde no tenía y arrastrándose salió de la cueva que hasta ese momento había sido su refugio,¹⁰⁰ «hallándose casi exánime, pasó un negro y cargó con él a costas y le salvó la vida. La conducta del negro fue más meritoria que la del fingido Sargento Thenardier (en “Los Miserables” de Hugo) cuando salvó la vida del coronel Pontmercy, después de la batalla de Waterloo, pues el primero era un transeúnte y el segundo un ladrón.»⁸

Estando enfermo Figueredo ocurrió la muerte del General Donato •del Mármol víctima de fiebres. Nada supo del triste fin de su antiguo jefe, con quien se encontraba distanciado y que fue la causa de la re

⁹⁷ Figueredo, Félix. Apuntes de sus memorias. Cita de Antonio Pirala en los «Anales de la Guerra de Cuba.» Tomo II, p. 10.

⁹⁸ Tía de Félix Figueredo.

⁹⁹ Pirala, Antonio. Obra citada. Tomo II, p. 10.

¹ Soto Paz, Rafael «Bohemia.» La Habana, junio 8 de 1953.

nuncia a sus grados como oficial de línea y dedicarse a servir a la Revolución como médico en la región oriental.

El General Máximo Gómez reemplaza al fallecido jefe en la zona de Cuba e inmediatamente pregunta por su amigo Félix Figueredo de quien hacía tiempo nada sabía. Nadie pudo darle información alguna y en vista de ello comisionó al Capitán Arias para que tratara de localizarlo. El general Gómez ignoraba su estado crítico más próximo a la muerte por abandono, que por otra cosa.

Figueredo logra llegar a la casa de Don Miguel Fernández, en Mesan, donde fue localizado por el emisario de Máximo Gómez, quien acudió presuroso al lecho del enfermo y le informó la mala nueva de la muerte de Donato del Mármol y la buena de la designación del General Gómez como Jefe de la División de Cuba.

El Dr. Figueredo se quedó pensativo ante el deceso de Donato del Mármol «a pesar de cuanto le había ocurrido con él y no olvidar los defectos de éste, sintió su muerte, porque le profesaba cariño por su gran corazón e incuestionable valor, probado en trances verdaderamente difíciles; sin perjuicio de conceptuarle desprovisto de dotes y condiciones para crear, organizar y mandar, como lo demostró la experiencia desde que se desencadenó el huracán revolucionario con sangre y fuego como precisamente tenía que suceder tratándose de una familia de la misma raza en un clima como el de Cuba».¹⁰¹

Notificado el General Gómez sobre el estado de salud de Figueredo y dónde se encontraba, acudió a visitarlo, disponiendo de inmediato su traslado para la casa de Manuel Venero «para que convaleciese, con seguridad de que en ella podía hacer dos comidas diarias, por la abundancia de jutías que se cazaban, y por tener Venero una estancia oculta en la montaña de Pilón cerca de la trocha del telégrafo, donde se cosechaban calabazas, boniatos y maíz, aunque con muchos trabajos de vigilancia para con las contraguerrillas de la “Caridad” y de la “Venta”, que perseguían incesantemente a los ocupados en agricultura, de los que algunos caían junto al hoyo que abría la azada para la cepa o el grano.»¹⁰²

Atendido Figueredo con gran esmero por parte de Gómez, se fue restableciendo y poco tiempo después lo vemos reanudando sus actividades,

¹⁰¹ Pirala, Antonio. Obra citada. Tomo II, p. 9.

¹⁰² Pirala, Antonio. Obra citada. Tomo II, p. 11.

auxiliando con sus labores profesionales y cambiando impresiones sobre los distintos problemas que se presentaban durante la campaña.

Por aquel tiempo llegó al campamento de Máximo Gómez el diputado José María Izaguirre en viaje de inspección. Era además su propósito dirigirse a la residencia del Gobierno y solicitó del jefe de la División acompañantes y prácticos.

Félix Figueredo, que aún no se sentía bien de salud, pero con el espíritu que tenía no podía estar inactivo en la Revolución donde todos hacían su parte, complació al General Gómez y se brindó para el viaje lo menos de 100 leguas por veredas muy estrechamente vigiladas por el enemigo.

Emprendieron el viaje Izaguirre, Figueredo y el práctico Cardet. En el camino de Pedregalón encontraron al Capitán Remigio Moreno que marchaba con soldados armados y entre ellos «un cubano movilizado» campesino procedente del campamento español de la Vuelta Grande del Contramaestre. Figueredo con esa visión psicológica que tenía sospechó del «movilizado» y decidió anticipar la salida. Efectivamente el «movilizado» había escapado del grupo para avisar a la guerrilla con la que volvió para emboscarse en el camino, pero llegaron tarde, ya habían pasado Izaguirre, Figueredo y Cardet.

Caminaban a las ocho de la mañana en busca del paso del río Salado, asegurando el práctico Cardet que al término de aquella jornada se vería la Trinidad Holguinera a la puesta del Sol; y al descubrirse el río que costeara, observó Figueredo que una de las parejas armadas que iba de avanzada, se detuvo para montar su carabina, haciendo a la vez señal a los que le seguían que iba a descargarla; y, en la creencia de que pudiera ser contra el enemigo, aproximase Figueredo al soldado, que le enseñó una vaca que estaba bebiendo en el río; echa pie a tierra Figueredo, y con la carabina del soldado clava la bala en el remolino de la frente de la res; pega ésta un salto, emprendiendo veloz carrera, arrojando sangre por la boca y la nariz, cayó a poco desmayada, y, en breve fue descuartizada. En el abierto del Limoncito, con grande alegría por tener carne, descansaron el tiempo necesario para preparar la comida y ahumar la carne, que sazonaban con limones en los tendales que se levantaron con las horquetas y cuajes de guayabo.

»Aquel tiro de carabina tan bien empleado no sólo produjo escogido alimento, muy extraordinario para alguno, que hacía tres meses no comía carne de res vacuna, sino que impidió que la caravana continuase

a pasar la noche en la Trinidad holguinera, donde estaban los enemigos, lo cual ignoraban.»"

Dice el propio José María Izaguirre, confirmando el relato anterior, lo siguiente: «El 9 de noviembre de 1870 salí de Hicotea, cerca de Altagracia, a la una de la tarde, en unión del Dr. Félix Figueredo y otros amigos llevando como práctico a Manuel R. Cardet» y agrega «que el día 15 en la Trinidad Holguinera, por la noche, durmiendo a campo raso y con calenturas Figueredo y yo, nos cayó un formidable aguacero que duró desde las ocho de la noche hasta el otro día a las cinco de la mañana.»¹⁰³

Dice un manuscrito de Félix Figueredo sobre este recorrido que hizo por diversas zonas: «Ya fue tiempo de dejar aquel lugar regalando a Tomás una botella de sal. Él se prestó a guiarlos al sitio del Corojo por donde debía hallarse la familia de Rafael Calzada. Después de tres horas de marcha se salvó sin novedad el camino de Holguín a Bayamo, en el que las yerbas habían cubierto los trillos demostrando hacía mucho tiempo que por allí no pasaban columnas de la Cueva o del Naranja por Cauto de Muía. Despedido Tomás se buscaron rastros hasta que un sao¹⁰⁴ pudo notarse que por allí ponían dos caballos a pastar. No pasó mucho rato sin que vinieran a reconocer y cuando vieron a Figueredo se les presentó José Calzada, Ramón Reyes y Jerónimo González, los que contentos se lo llevaron para el retiro de la familia, haciendo que el potro y la muía quedaran en el sao.»

Rafael Calzada tenía un hijo enfermo grave, y Ramón Reyes recién llegado de Palenque, y Tana con su familia enferma. Era aquello un hospital, sin comida, sin remedios. Demorado en aquel lugar más por los enfermos que por el bienestar; porque aquello era el verdadero Oriente, es decir, desnudez, fríos, hambre, fiebres... y carárganos¹⁰⁵ y se fijó un día de aquella semana para marchar al Cauto por la vía de Guairojal, y mientras llegaba la hora se invertía el tiempo en auxiliar aquellos enfermos, a la vez que los asistentes de José Calzada buscaban colmenas y frutas. Porque es preciso decir que estábamos en lo peor de Oriente; es decir, en la tierra baja de la Jurisdicción de Holguín, en la que no

¹⁰³ Izaguirre, José María. «Apuntes Cubanos.» Nueva York. Imprenta América, 1896, pp. 100-101.

¹⁰⁴ Voz india que significa sabana reducida.

¹⁰⁵ El piojo mui grande... Esteban Rodríguez Herrera. «Pichardo. Novísimo o Diccionario Provincial casi razonado de voces y frases cubanas* por Esteban Pichardo. Editorial «Selecta.» La Habana 1953, p. 160.

quedaba el pelo de una res vacuna, y en cuanto a las viandas del país, como plátanos, yuca, maíz, boniato, etc., pretender hallarlos en la lengua de tierra que existe desde los Indios hasta Sioja, que comprende una extensión de 30 a 40 leguas por seis a ocho de ancho, era como decía Agustín Enamorado, pedir marañones al dagame.¹ Ahora bien, en cuanto a corojos, naranjos, limones silvestres, guayabas, jaibas y jutías, era seguro que con alguna diligencia se podía hacer una comida diaria.

Una voz de alarma hizo que Calzada tomara a Tito Vicino, y Ramón Reyes a su hermano, y todos, incluso los niños, penetraron en la espesura del bosque. En cuanto el primero dejó su carga, fue bien armado, a reconocer los ranchos, advirtiéndole que si no había peligro imitaría con sus manos el sonido de la *magüica*, como así sucedió, y volvieron a los ranchos. Acababan de llegar a ellos Rafael Quesada, el vicepresidente Aguilera y el Presidente de la Cámara Ramón Céspedes y continúa el m.s.: «El primer saludo que partió de Quesada fue un insulto, pues dirigiéndose a los que regresaban de los ranchos, les dijo: ¿Todavía ustedes huyen? A lo que Figueredo le contestó: —Bienvenido señor Quesada: hace más de dos años me suplicó usted en el Aguacate lo embarcara para volver con una expedición, y ahora es cuando lo veo. ¿Por qué no vino usted antes que Javier Cisneros? ¿Tenía usted miedo?»

Ramón Céspedes Barrera, que comprendió hasta dónde podían llegar los saludos, se interpuso diciendo: —Vamos, señores, que somos uno para una misma cosa y ya quedamos pocos; lo mejor es darse la mano y seguir arando, que bastante tenemos con los contrarios, y ahora con el hambre vamos a ver si nos brindan, aunque sea agua de mono, pero no rabona.¹⁶

La cuestión de los saludos quedó fácilmente terminada, pero Quesada por presuntuoso e imprudente quedó resentido. Ya el venerable Francisco V. Aguilera con sus brazos abiertos había dado a cada uno una prueba de distinguido aprecio, como era en él arraigada costumbre.

«Después de obsequiados por la esposa de Manuel Reyes con el agua de mono, manifestó Aguilera a Figueredo el empeño del Presidente de que fuera al extranjero, para lo que podía aprovechar la ocasión de haber dejado oculto en la costa un bote que de propósito llevó Quesada para

Arbol de bastante elevación y de madera dura muy apreciada para construcciones. Alfredo Zayas. «Lexicografía Antillana.» Imprenta «Siglo XX». La Habana, 1914. p. 208.

Se daba el nombre de agua de mono a una bebida preparada con agua de miel de abeja y un retoño de naranjo o limón.

regresar; y el objeto del cometido que se le encargaba era “procurar poner en armonía la junta de Nueva Orleans, donde seis miembros y la emigración estaban completamente divididos”.» Y continuó exponiendo tantos males hasta el punto que Figueredo le interrumpiera diciéndole:

—¿Quiere decir que si lo del Centro está malo, lo de allá está peor?

—Sí, amigo Figueredo —continuó Aguilera, como que ahora mismo acaba de ser fusilado José Caridad Vargas.

—¡Válgame el cielo —dijo Figueredo— qué medida tan impolítica!

La acusación que se le formuló a José Caridad Vargas, uno de los hombres de confianza de Francisco Vicente Aguilera, era de alta traición, por haberse entrevistado con «el jefe español en terrenos de Guáimaro, de apellido Aznar, auxiliado de sus fuerzas; siguiendo a la entrevista una comida de campaña en que se mezclaron ambos combatientes después de hacer algunas deliberaciones: y que después de separados continuaron comunicándose, de lo cual tenían conocimiento muchos vecinos de Santa Lleo».

Continúa el mas que copia Pirala diciendo: «No muy lejos de los círculos en que se hallaba y del que rodeaba al gobierno, había otros que antes habían cometido el mismo pecado con causas más agravantes; y aquellos que tal vez lo oyeron fusilar, fueron pecadores a sabiendas, tanto por su educación y conocimientos del mundo cuanto por el terror a los sufrimientos y al enemigo.

»Lo que había hecho José Caridad Vargas no era el único ejemplo: otros le habían indicado el camino, y no obstante, tenían representación y hasta pronunciaban discursos en los clubs.» Refiere el manuscrito las conferencias con Valmaseda, lo que pasó en el cafetal de San Jorge y los Laureles entre un jefe insurrecto de mayor graduación que Vargas y el coronel español Don Mariano Navidad, y que, «sin embargo de haber habido delación ratificada, pruebas de testigos y confesión de parte, no hubo sumario escrito, ni Consejo de Guerra; y en cuanto a sentencia, si es verdad que la hubo, fue la de la pena moral del extrañamiento a un punto de la costa Sur, para que hubiera habido arrepentimiento y enmienda; y en aquel caso se quedaran abiertas las puertas de par en par para ir al Aserradero, donde había guarnición española. Pero aquel hombre tenía conciencia; tenía una madre, a quien respetaba y quería; tenía esposas e hijos a los que adoraba y tenía una hermana, que era para él lo que la niña de sus ojos».¹⁰⁶

¹⁰⁶ Manuscrito copiado por Antonio Pirala. Obra citada. Tomo II, pp. 266-268.